

CAPITULO VII.

HIXEM Y ALHAKEM EN CÓRDOBA; ALFONSO EL CASTO EN ASTURIAS.

De 788 á 802.

Solemne proclamacion de Hixem I. en Córdoba.—Guerra que le movieron sus dos hermanos Suleiman y Abdallah.—Véncelos el emir.—Noble y generoso comportamiento de éste.—Rebeliones de los wadies de la frontera oriental.—Proclama Hixem la *guerra santa*.—Progresos de los musulmanes de uno y otro lado del Pirineo.—Termina Hixem la gran mezquita de Córdoba.—Su descripcion.—Triunfo de Alfonso II. (el Casto) en Asturias.—Muerte de Hixem, y elevacion de su hijo Alhakem I.—Dispútanle el trono sus dos tíos Suleiman y Abdallah.—Guerra civil. Su término.—Alfonso de Asturias hace una excursión hasta Lisboa.—Mensaje y presentes de Alfonso á Carlo-Magno en Aquisgran.—Es destronado momentáneamente, recluso en un monasterio, y vuelto á aclamar.—Conquistas de los francos en el Oriente de España.—Célebre sitio de Barcelona por Ludovico Pio, rey de Aquitania.—Ríndele la plaza los musulmanes.—Origen del condado de Barcelona.

Estraño se mantenía á todos estos sucesos el pequeño reino de Asturias, como oscurecido en su rincón bajo los inertes príncipes que mediaron del primero al segundo Alfonso, que todavía, como anunciamos en otro capítulo, tardará tres años en empuñar el cetro de la monarquía de Pelayo.

Con desusada pompa se celebraba en 788 en Mérida, terminados los funerales de Abderrahman, la solemne proclamacion de su hijo Hixem I. «Que Dios ensalce y guarde á nuestro soberano Hixem, hijo de Aberrahman!» era el grito que resonaba en todas partes, y rezábase por él la *chotba* ú oracion pública en todas las mezquitas de España. Ayudaba al entusiasmo con que era saludado Hixem su magestuosa presencia, su índole apacible, y la fama de religioso y justiciero que ya gozaba, designándole desde el principio con el doble dictado de *Al Adhil*, el justo, y de *Al Rahdi*, el benigno y afable.

Pero estas virtudes no bastaron á estorbar que sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah, wadies de Toledo y de Mérida, no pudiendo resistir á la envidia y enojo de verse postergados, le declaráran abierta guerra, proclamándose independientes en Toledo, donde ambos se habian reunido. Al wazir de la ciudad, que se negó á coadyuvar á sus designios, encarceláronle y le cargaron de cadenas. Y como Hixem escribiese á su hermano Suleiman para que le diese cuenta de la causa y motivo de aquel maltratamiento, la respuesta del soberbio Suleiman fué hacer sacar de la prision al desgraciado wazir y clavarle en un palo á presencia del portador de la carta, diciéndole á éste, «vuelve y dí á tu señor lo que vale aqui su soberanía: que queremos ser independientes en nuestras pequeñas provincias, lo cual es una corta indemni-

«zacion del desaire que se nos ha hecho.» Justamente indignado Hixem de la desatentada osadía de sus hermanos, marchó á la cabeza de una hueste de veinte mil hombres sobre Toledo. Suleiman habia salido á su encuentro con quince mil. Batiéronse los dos hermanos con el encarnizamiento de estraños enemigos. Derrotado el rebelde, pudo á favor de las tinieblas de la noche refugiarse á los montes, y el ejército vencedor prosiguió á poner cerco á la ciudad defendida por Abdallah. El sitio apretaba, Suleiman no volvia, escaseaban los víveres, cundia en la ciudad el descontento, y Abdallah pidió permiso á los gefes del campo enemigo para pasar á conferenciar con el emir su hermano. Salió de Toledo de incógnito, presentóse á Hixem, el cual por uno de aquellos impulsos indeliberados, propios de las almas generosas, recibió á Abdallah con los brazos abiertos. Ante la elocuencia muda de la sangre no vió en su hermano al gobernador rebelde de Toledo, sino al hijo de Abderrahman como él. Concertóse, pues, la entrega de la plaza y el olvido de todo lo pasado, y juntos marcharon á Toledo, donde fué recibido Hixem con públicas demostraciones de alegría. Instaló en calidad de wálí á un pariente del wazir tan inhumamente sacrificado: dió á Abdallah para que pudiese vivir una casa de recreo situada en uno de los mas amenos sitios de la campiña del Tajo, y regresó á Córdoba á preparar los medios de reducir á Suleiman, que tenaz en su rebe-

lion, se habia corrido de los montes de Toledo á los campos de Murcia, y reclutado gran número de descontentos.

Tampoco tardó en verse segunda vez humillada la soberbia de Suleiman. El jóven hijo de Hixem, Alhakem, que hacia el primer ensayo de acaudillar algunas tropas, mandaba la vanguardia del ejército destinado á perseguir á su rebelde tío. En los campos de Lorca encontró la gente de éste, y con el ardimiento y la inconsideracion de un jóven que no ve los peligros la arremetió impetuoso, y tuvo la fortuna de arrollarla. Cuando llegó el ejército del emir no halló ya con quien pelear. Costóle al jóven vencedor ser amonestado por su padre, para que otra vez no procediera con tanta precipitacion, pues si bien es necesario el arrojo en las lides, no lo es menos la prudencia, por cuya falta caudillos muy bravos causaron muchas veces las ruinas de sus reinos y la suya propia. Cuando Suleiman, que no habia estado en la batalla, supo la derrota, «¡maldicion á mi suerte!» exclamó, y sin decir mas corrióse con algunos ginetes á tierra de Valencia, donde acosado por la caballería del emir escribió á su hermano solicitando le admitiese en su gracia con las mismas condiciones que á Abdallah. Hixem, siempre generoso, allanóse tambien á ello; si bien conociendo el carácter impetuoso y arrebatado de Suleiman, le propuso que se estableciese en Tanger ú otra ciudad de Almagreb, donde con el valor

de los bienes que tenía en España podría adquirir otras posesiones equivalentes. Accedió á todo Suleiman, y vendidas sus haciendas en sesenta mil mitcales de oro pasó á morar en Tánger. Asi terminó (de 788 á 790) la guerra de los tres hermanos ⁽¹⁾.

Simultáneamente habia estado ardiendo el fuego de la rebelion por las fronteras del Pirineo Oriental. Los inquietos berberiscos no se resignaban á la obediencia de los emires árabes. Ya era el walí de Tortosa Said ben Hussein que se negaba á reconocer á su sucesor, y se concertaba con sus vecinos los francos para sostener contra el soberano de Córdoba las plazas de Gerona, Ausona y Urgel; ya era el caudillo de la frontera Balhul, que unido á los walíes de Barcelona, Tarragona y Huesca, se apoderaba de Zaragoza, y se proclamaba independiente. Por fortuna de Hixem, el walí de Valencia, Abu Otman, enviado contra los rebeldes, fué tan enérgico y feliz en su expedicion, que no tardó en informar al emir de sus triunfos de la manera auténtica que los musulmanes solian hacerlo, enviándole las cabezas de los caudillos vencidos. Como esto coincidiese con la sumision de los dos hermanos, hicieron en Córdoba fiestas públicas. Hixem escribió de su puño una carta de gracias al bravo Abu Otman, y le dió el mando de la frontera de Afranc ó del Frandjat (que asi llamaban

(1) Roder. Tolet. Hist. Arab. c. — Ben Alabar, in Cassiri. 18.—Conde, part. H. cap. 25 y 26.

ellos á la frontera de Francia), prometiéndole le serian enviados refuerzos para recobrar las ciudades que en aquella tierra habian perdido los musulimes.

Desembarazado Hixem de estas guerras, pensó en resucitar en los musulmanes españoles el fervor religioso de los buenos tiempos del Islam, y llevando el pendon del Profeta á los dominios cristianos emplear las fuerzas y la atencion de todas las tribus en combatir á los enemigos de su fé, haciendo cesar por este medio el espíritu de sedicion que trabajaba y enflaquecia el imperio. Al efecto hizo leer en todos los *minbhares* ó púlpitos de las mezquitas la proclamacion del *alghied* ó guerra santa. Hizo un llamamiento general á todos los walíes y caudillos, á todos los creyentes, ofreciendo grandes premios á cuantos contribuyeran de algun modo á tan digna empresa. Respondieron á la invitacion del emir todos los buenos musulmanes, concurriendo los unos con sus personas, los otros suministrando armas ó caballos, los demas con sus bienes, haciendo donativos y limosnas (791). Juntáronse asi brevemente tres grandes cuerpos de ejército, que destinó el emir á Asturias y Galicia, á los montes *Albaskenses* (montañas vascas), y á las tierras de Afranc.

El primero, al mando del hadgib ó primer ministro Abdel Wahid, fuerte de cerca de cuarenta mil hombres, corrió las comarcas de Astorga y Lugo, talando y destruyendo el pais, y cuando volvia car-

gado de ganados, despojos y cautivos, encontróse una parte de él en Burbia ⁽¹⁾ con fuerzas del rey de Asturias Bermudo (Bomond que nombran los árabes). El resultado de esta pelea le traducen en su favor las historias musulmanas: distinta interpretación le dan los cronistas cristianos ⁽²⁾. Era el último año del reinado de Bermudo, cuando ya Alfonso mandaba las armas de Asturias. El segundo ejército penetró por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia. Pero la irrupción mas notable de la guerra santa fué la que hizo el tercer cuerpo á las órdenes de Abdalá ben Abdelmelek á la Septimania ó Narbonense. Los momentos no podían ser mas oportunos. Carlo-Magno se hallaba en el Norte defendiendo las fronteras de su reino contra los indóciles sajones: Luis el Bondadoso, su hijo (Ludovico Pio), rey de Aquitania, había tenido que acudir á Italia al socorro de su hermano Pepino, contra quien se habían sublevado los de Benevento. En tal ocasión, el ejército musulmán, después de tomar á Gerona, que estaba por los franco-aquitánicos, y de degollar á sus habitantes, invadió la Septimania, incendió el grande arrabal de Narbona, treinta años hacia perdida por los sarracenos, hizo gran matanza en sus defensores, y cargado de botín dirigióse á Carcasona. En vano quiso hacer frente el duque Guiller-

(1) Junto á Villafranca del Bierzo, en la actual provincia de Leon. —Almakari.—Albeld. Chrou. n. 37. —Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 24.
 (2) Conde, cap. 27.—Ahmed

mo de Tolosa en las riberas del Orbien á las vencedoras huestes agarenas: inútiles fueron las proezas personales del duque cristiano. El pendón mahometano quedó otra vez triunfante, y contentos los árabes con esta segunda victoria, regresaron de este lado de los Pirineos á poner en seguridad su inmenso botín (793). Córdoba celebró con regocijos públicos las nuevas de tan felices expediciones ⁽¹⁾. Del quinto de aquellos despojos tocaron al emir mas de cuarenta y cinco mil mitcales ó pesantes de oro.

«Con estos venturosos sucesos, dicen los historiadores árabes, era el rey Hixem muy temido de sus enemigos y muy amado de los pueblos; con su clemencia, liberalidad y condición dulce y humana, se granjeaba las voluntades de todos.» Príncipe, añaden, tan magnánimo, que de su particular tesoro pagaba los rescates de los prisioneros, y tomaba á su cargo y bajo su protección los hijos y mugeres de los que morían en la guerra santa. Tan celoso por la religión como caritativo con los pobres, destinó en su totalidad el quinto de los despojos que le había tocado á acabar la gran mezquita de Córdoba empezada por Abderrahman I., y en la cual, á ejemplo de su padre, también trabajaba él algun rato cada día. Dicen que empleó como obreros á todos los cautivos hechos en Narbona, lo que pudo dar ocasión á la tradición po-

(1) Hist. de Languedoc, tom. I. tom. III.—Conde, cap. 27.—Rod.—Fauriel, Hist. de la Gaule, etc., Tolet. Hist. Arab. c. 19.

pular de haber hecho traer en hombros de cautivos los escombros de aquella ciudad para emplearlos en este edificio. Acabóse, pues, en tiempo de Hixem este grandioso templo, que describe así un historiador árabe. «Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente; tenía seiscientos pies de larga y doscientos cincuenta de ancha; formada de treinta y ocho naves á lo ancho y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su *alquibla* (1) por diez y nueve puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenía nueve puertas á Oriente y nueve á Occidente. Sobre la cúpula mas alta habia tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oracion se alumbraba con cuatro mil setecientas lámparas, que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de aloe y ambar para sus perfumes: el *atanor del mihrab*, á lámpara del oratorio secreto, era de oro, y de admirable estructura y grandeza.» Otro escritor árabe, Abdelhalin de Granada, que tuvo la humorada de informarse hasta de las tejas que cubrían el edificio, dice que eran cuatrocientas sesenta y siete mil trescientas (2). También se reedificó de ór-

(1) La parte destinada á la oracion, que se hacia con el rostro vuelto hácia la Meca.

(2) Conde, part. II., cap. 28.—Ponz, Viage de España.—Indicador Cordobés.

den de Hixem el famoso puente romano de Córdoba.

Reinaba desde 791 en Asturias Alfonso II. llamado el Casto (1). En el tercer año de su reinado, y sexto del de Hixem en Córdoba (794), invadió las Asturias otro nuevo ejército sarraceno. Internáronse esta vez bastante los mahometanos en aquel suelo clásico de la restauracion española, devastando campiñas y destruyendo iglesias. Alfonso reunió toda la gente de armas que pudo; el número era mucho menor que el de los enemigos, pero la presencia de su rey y el celo por su religion les inspiraba un ardor irresistible. Alfonso supo con maña atraer á los enemigos á un lugar pantanoso llamado Lutos (Lodos), en que entraron confiadamente los musulmanes. Salieron entonces los cristianos que emboscados los esperaban, y embistiéronlos tan bravamente, que embarazados y confusos los moros en un terreno fangoso, y para ellos desconocido, sufrieron una horrible mortandad: las crónicas cristianas hacen subir el número de muertos á setenta mil (2). Las historias arábicas confiesan que fué grande la matanza de los musulimes, que pereció

(1) Llamósele así, por ser fama que, «con deseo de vida mas pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta, su muger:» dice Mariana. Lo que se infiere del cotejo de las crónicas de Albelda, de Alfonso III., de Pelayo de Oviedo y de Lucas de Tuy, es que si estuvo desposado con Berta, no debió llegar á realizarse

el consorcio, ó esta señora, á quien suponen francesa, no vino á España. Por lo menos no se encuentra su nombre entre los confirmantes de los privilegios de aquel reinado, como acostumbraban á hacerlo las reinas en aquel tiempo.

(2) Sebast. Salmant. n. 21.—Algunos confunden esta entrada y derrota con la de 794.

en ella el caudillo Yussuf ben Bath, y que perdieron la presa y cautivos que traian. Esta fué la última expedición de los sarracenos á tierras cristianas durante el reinado de Hixem.

La santa guerra, feliz para él por la parte de Narbona, lo habia sido bien poco por la de Asturias. Entreteníase como su padre en el cultivo de las hermosas huertas y jardines de Córdoba. Conociendo su afición, propusieronle un dia la adquisición de una heredad contigua sumamente feraz y amena: sabedor el emir de que deseaban adquirirla otros, abstuvo de comprarla por no perjudicarles ⁽¹⁾.

Cuéntase que un astrólogo anunció á Hixem la proximidad de su muerte; y que en su virtud, sin apesadumbrarse por ello, dicen las crónicas, convocó una solemne asamblea de los principales dignata-

(1) Con esta ocasion compuso no tanto ingenio como grandeza los siguientes versos, que revelan de ánimo.

Mano franca y liberal—es blason de la nobleza,
El apañar intereses—las grandes almas desdeñan;
Floridos huertos admiro—como soledad amena,
El aura del campo anhelo,—no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me da—es para que á darlo vuelva:
En los tiempos de bonanza—infundo mi mano abierta
En el insondable mar—de grata beneficencia:
Y en tiempo de tempestad—y de detestable guerra
En el turbio mar de sangre—baño la robusta diestra:
Tomo la pluma ó la espada,—como la ocasion requiera,
Dejando suertes y lunas,—y el contemplar las estrellas.

Conde, cap. 28.

rios del imperio (ceremonia que desde su padre siguieron usando en iguales casos los emires), y en ella hizo reconocer por sucesor suyo á su hijo el jóven Al-Hakem, al cual juraron todos los principales jeques obediencia y fidelidad. El vaticinio del astrólogo, si fué cierto, no tardó en cumplirse. En los primeros dias de abril de 796 enfermó Hixem, y á los doce dias, dicen los autores árabes, se fué á la misericordia de Alláh. Refieren que poco antes de morir llamó á su hijo y le dió los siguientes consejos, que algunos equivocadamente han atribuido á su padre ⁽¹⁾. «Considera, hijo mio, que los reinos son de Dios que los dá y los quita á quien quiere. Pues Dios por su bondad nos ha dado el poder que está en nuestras manos, demosle gracias por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que no es otra que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los que están encomendados á nuestra proteccion: haz justicia igual á pobres y á ricos, no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdicion; sé benigno y clemente con todos los que dependan de tí, que todos son criaturas de Dios. Confía el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados; castiga sin compasion á los ministros que opriman tus pueblos; gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en

(1) Viardot, Hist. des Arabes, etc. cap. 41.

«sus manos; sean los defensores del estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y de inspirarles confianza en tus promesas. No te canses de grangear la voluntad de tus pueblos, pues en su amor consiste la seguridad del estado, en el miedo el peligro, y en el odio su ruina cierta. Cuida de los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos. En suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan, y vivan contentos á la sombra de tu proteccion y bondad, que gocen tranquilos y seguros los placeres de la vida: en esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz, y alcanzarás fama del mas glorioso príncipe del mundo (1).»

«Al leer este fragmento, exclama un escritor de nuestros dias, ¿no se cree tener á la vista una página de Fenelon?» Ciertamente, á ser auténtico, como lo parece, este discurso, holgaríamos de ver practicadas las máximas del príncipe musulman por los mismos que rigen y gobiernan los pueblos cristianos. Dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua arábica, y en su tiempo se comenzó á obligar á los cristianos mozárabes á no hablar ni escribir en su lengua latina.

Alfonso de Asturias habia trasladado su córte y

(1) Conde, cap. 29.

residencia real á Oviedo, la ciudad que habia fundado su padre Fruela, y donde él habia nacido. Consagrábase el tiempo que las irrupciones sarracenas se lo permitian á fomentar la prosperidad de su reino con el celo, piedad y prudencia que hicieron tan glorioso su largo reinado. Cinco años llevaba gobernando la monarquía de Asturias, cuando por muerte de Hixem fué proclamado emir de la España musulmana Alhakem, su hijo, cuya brillante educacion, juventud, ingenio y cultura, hacian esperar á los musulimes que tendrian en él un digno sucesor de su abuelo y de su padre: y esperáronlo mas al verle nombrar su hagib ó primer ministro al ya ilustre en armas y letras Abdelkerim ben Abdelvahid, su bibliotecario y amigo desde la infancia. Pero la altivez é irascibilidad de su genio le condujeron á los excesos y extravagancias que nos irá diciendo la historia.

Borrascoso y turbulento comenzó el reinado del tercer Ommiada. Sus dos tíos Suleiman y Abdallah, en Tánger el uno, en las cercanías de Toledo el otro, de nuevo aguijados de la ambicion de reinar, preparáronse á disputar con las armas á su jóven sobrino un trono de que aun se creian injustamente despojados, como hijos mayores de Abderrahman. Entendiéronse entre sí, y mientras Abdallah con ayuda del cadí de Toledo Obeida ben Amza (el Ambroz de las crónicas cristianas), hombre astuto y de intriga, organizaba secretamente la rebelion, Suleiman en Africa reclu-